

RECRO, MORALIDAD

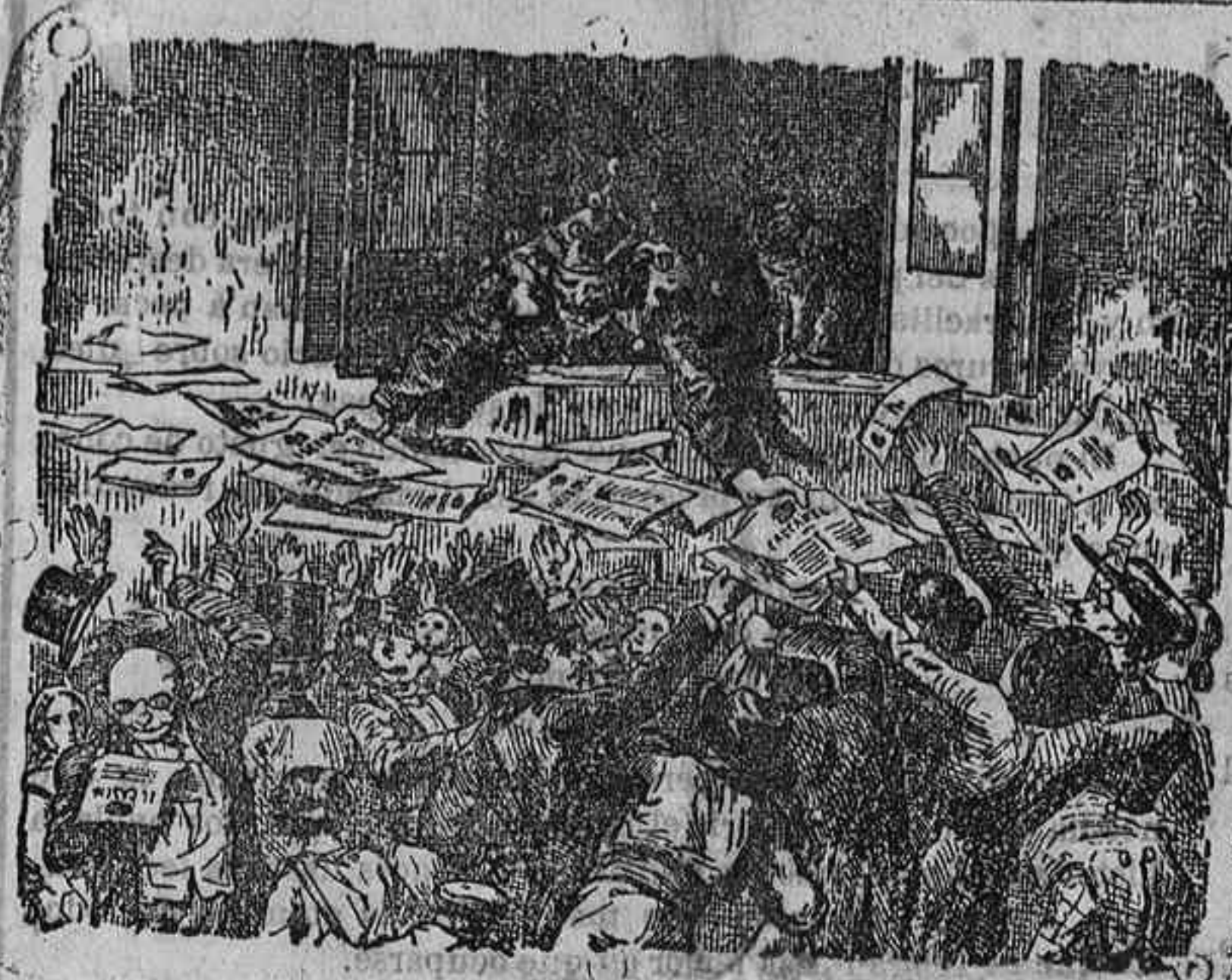
PRECIOS.

MADRID. Tres meses. 9 rs. Seis id. 16 » Un año. 30 »

PROVINCIA.

Tres meses. 10 rs. Seis idem. 18 » Un año. 34 »

NUMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EXTRANJERO. Tres meses. 22 rs. Seis id. 38 » Un año. 74 » Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100. AMERICA. Seis meses. 33 rs. Un año. 70 » FILIPINAS. Seis meses. 60 rs. Un año. 100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato.—Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

—Oye, tú, Graciela, ¿te ha dicho el de los queveos, cuándo tenemos que dir á manifestarnos otra vez á las Cortes?...
—Hoy le he visto en ca del boticario, que fui por dos cuartos de pomá de rosa, y me dijo que por ahora nos tenemos que estar quietas, porque el ministerio está muy sobre sí.
—Como que la otra tarde le metimos el resuello pa dentro.
—Mira que nos divertimos... ¿Te acuerdas cuando salió Castelar á decirnos que nos fuéramos?... Yo creí que era otro hombre. Parece un señorito con su sombrero de copatta y sus guantes y tú cuento.
—Mira que si llegamos á entrar por la puerta principal, como queria aquel ciudaano que nos echó la arenga, damos golpe entre los diputados.
—Si llego á entrar le saco un destino á Topete pa aquel arastrao, que está piando por un empleo donde que colocaron al vecino de las anteparras.
—Yo hubiera tenido gusto en decir al general Serrano: Anda, resalao, bendita sea tu arma.
—¡Quita! ¿No ves que son racionarios?... Bien claro lo dije aquel chaval, que habló por lo fino.
—El día que digan quién es el rey que nos van á traer, si que será ella.
—¿Qué rey ni qué niño muerto?... ¡Si no traen rey! van á traer la república funeral.
—Federala, chica...
—Eso de pública no me gusta mucho, porque como una es una mujer honrá, aunque me esté mal el decirlo...
—El de los queveos decía la otra tarde que venia el asolutimo.
—Oye, ¿por qué no nos manifestamos tambien pa pedir el matrimonio civil?...
—Por mí no hay ningún aquel, y en diciendo que vamos, yo soy una de tantas, pero ¿con eso nos podremos descasar las que ya estamos casás?...
—¡Toma! yo creo que sí.
—¡Viva la gracia! ¿Puede V. darme audiencia, reina del mundo?
—No estoy en casa.
—¿Qué tienes, salero?...
—¡Yo! no tengo gana de palique. Déjeme V. pasar, que voy al herbolario á comprar una yerba para la jaqueca.
—¿Tienes tú jaqueca, princesa de Asturias?
—Sí señor, me dió el lúnes en la Carrera...
—¿Cómo?
—De San Gerónimo, viendo á los melicianos que fueron allí con bayoneta calá á resolernos.
—¡Calla! ¿y por eso estás enfadada?
—Ya te vide allí, diciendo ¡atrás paisana! á las ciudalanas...
—Como fué mi batallon, yo tenía que ir.
—Bueno; pues, hijo, se acabó, si te he visto no me acuerdo... tú eres menesterial y yo republicana y tengo mi anatomía, como dijo aquel jóven que nos echó el discurso en el Prao. Y no vuelvas á parecer por mi casa, porque no te he de abrir ni quiero que me vean hablar contigo, y digan que si fué, que si vino, ó que si me he resellao... Una mujer política está muy comprometida y tiene que tentarse laropa para ver lo que hace... Como dijo el Presidente del Cru de la calle del Perro, nos está mirando toda Uropa.
—Gracias á Dios que te se puede ver, mujer.
—Pues todo el día estoy en casa.
—¿Quién es ese jóven melenudo que ha venido á visitarte?
—Ra un jóven de mucho porvenir.
—Y de mucho pelo.
—Profesor de canto.
—¿Y vás á aprender tu á cantar á los cuarenta años?..
—Yo no, pero como estoy encargada de organizar un conserne cantar la romanza de señoras... ese jóven ha venido á ofrecerme cantar el Furioso, y el Rabioso, y el dado á los demonios. Y cantar el Furioso, y el Rabioso, y el dado á los demonios. Y aquel vieje que vino ayer, ¿qué personaje es?...

—Es un administrador de diligencias, cesante desde que se hicieron los ferro-carriles, que ha escrito un drama, y me lo leyó para ver si queremos representarlo las señoras del Ateneo, destinando los productos de la representacion á dotar á una hija suya, á comprar el uniforme á un hijo suyo voluntario, y si sobra algo, á echar unos embozos nuevos á la capa que lleva el pobre viejo.
—No me parece mal; y el drama ¿es bueno?
—Muy bonito, á mí me hizo llorar; hay un marido que su mujer le engaña...
—Vamos, moral sobre todo.
—Y la corta la cabeza...
—Hace bien.
—Y despues se descubre que no le engañaba, porque él que el marido creia amante es su hermano.
—Entonces, el marido volverá á ponerle la cabeza á la mujer, ¿no es eso?
—No, se mete fraile, y deja toda su fortuna al hermano de su mujer, y éste se casa con su abuela...
—¿Qué bárbaro!
—No, hombre, con la abuela del fraile.
—Será una moza de rechupete.
—Una niña de diez y ocho años, porque el abuelo del fraile se casó con ella, y murió á los cuatro días á consecuencia de la fatiga del baile de boda. El papel de la abuela es el que mas me gusta á mí.
—Sí, puedes hacerle, con solo que el autor atribuya á la abuela cincuenta años en lugar de diez y ocho.
—Es un papel muy simpático de niña candorosa, pudorosa, virtuosa, impresionable y sensible hasta el extremo.
—Vamos, todo lo contrario que...
—¿Qué vas á decir?...
—No, iba á decir que todo lo contrario de lo que se suele ver en el mundo. Y esos papeles, ¿qué son?...
—No me los revuelvas; son el principio del discurso que tengo que pronunciar el día que se establezca la república federal, que celebrará sesion el Ateneo. Yo queria haber escrito sobre el matrimonio civil, pero me han dicho que el asunto era muy espinoso, y he desistido para no crear obstáculos á la revolucion de setiembre.
—Muy bien pensado; pues hija, si te parece que haciendo lo que te voy á pedir, no has de crear obstáculos á la gloriosa revolucion de setiembre, te suplico que repases mis camleas, porque hoy he repasado yo docena y media para ponerme una, y he hallado que todas tenían abolidos los botones.
—Amigo mio, vengo á despedirme de V.
—Pues qué, ¿se vá V. ya?... Pues no venia V. á pasar una temporada larga en Madrid?
—Sí; pero ya tengo bastante.
—¿No le gusta Madrid á la señora?
—Sí, pero... en fin, que me voy. Mire V., salimos á ver las tiendas, nos acercamos á ver las fotografías que hay en los escaparates, y vemos cosas... ¡vamos! que esa es una barbaridad, las cosas mas indecentes que se han visto... entramos en un café, y están jugando á la lotería, y se oyen unas blasfemias y unos juramentos... hemos ido tres noches al teatro, y cuando creíamos que íbamos á ver algo bueno, nos han soldado un can-can, que mi mujer se ha desmayado, y á mí, tal indignacion me ha causado ese baile, que se me ha subido toda la sangre á la cabeza, y no sé cómo no me ha dado un ataque cerebral... Luego la otra tarde salimos al campo, y de pronto sonaron tiros, y una bala me atravesó...
—¡Hombre!
—El sombrero. Por las calles no podemos andar dos pasos, sin que nos pida un pobre, y como yo no tengo alma para negar una limosna, y los pobres son porfiados, resulta que gasto veinte reales ó mas diarios, y no es mi posicion para sostener ese gusto, que haría con sumo gusto si pudiera. En fin, que lo pasamos muy mal, y nos vamos.
—Mucho lo siento.
—Allí en el pueblo, hay tambien sus mas y sus menos, y entre el albitar que es carlista, el escribano que es republicano, el cura que es progresista templado, y el maestro de escuela que es moderado, suele haber discusiones muy acaloradas, pero al fin domina la razon y se rinde tributo á la amistad de

tantos años, quedando todos amigos y cada cual con sus opiniones... La fortuna es que no hay socialista alguno en el pueblo, toda es gente honrada y trabajadora, y teniendo los hombres esta condiciou, la pasion política no les induce nunca á cometer excesos; defienden sus ideas, pero sin violencia... En resumen, estoy mejor en el pueblo que en Madrid, y al pueblo me voy.
—Yo soy republicano, pero no estoy conforme con Castelar y Figueras y los demás diputados que quieren mucho orden y mucha tolerancia; yo quiero que se corte la cabeza á un vecino si y otro no!
—Yo abomino la república; soy carlista, y estoy deseando que empiece la guerra civil y que no se dé cuartel á los liberales, y que arda España entera.
—Yo soy moderado, y no puedo querer lo que Vds., lo que sí quiero es que vuelvan las cosas al estado en que se hallaban, y me den mi destino, que me lo han quitado estos pícaros, y vayan unas cuantas cuerdas á Filipinas.
—Yo quiero que no quede un neo.
—Yo, que no quede un liberal.
—Yo, que la union liberal arregle esto.
—Yo, que caiga Prim.
—Yo, que me repongan.
—Yo, que me coloquen.
—Yo, que me den una indemnizacion por los perjuicios que sufrí, publicando La Tarantela.
El país.—¡Ay! Serrano, Prim y Topete, ¿qué os parece?..

LA COSTUMBRE.

El que dijo que la costumbre es una segunda naturaleza, fué un sábio.
No necesitaba yo decirlo para que ustedes se convencieran de ello, pero convieue á mi propósito recordarlo.
No sé yo si este artículo llegará á manos de algunos de los legisladores; pero por si llega me atreveré á decirles:
—Destruyan Vds. todo lo que quieran; pero respeten, ó por lo menos trasteen la costumbre. La costumbre podria muy bien llegar á convertirse en la famosa *huelspeda*.
Me explicaré.
Ayer, sin ir mas lejos, pasaron en Madrid escenas, que aunque vulgares, pudieran ser muy elocuentes si Vds. no lo llevaran á mal.
—¿Ha visto V. lo que sucede? decía un buen señor, casero por mas señas, á un amigo suyo prestamista?
—¿Qué pasa? D. Cleofas.
—Que el general Prim y el ministro de la Gobernacion y otra porcion de personajes, se van de caza.
—Eso es para estirar un poco las piernas.
—Y le parece á V. bien que se vayan por ahí en Semane Santa? Vaya un ejemplo que dan al pueblo.
—¡Calla! pues es verdad.
—En vez de asistir á los Oficios, como V. y como yo, y como todos los católicos, se dedican á matar animales inofensivos.
—Para comérselos.
—Eso es, para comer de carne!
—¿Qué horror!
—¡Hemos llegado á unos tiempos!
—¿Sabe V. lo que digó?
—¿Qué?
—Que Dios no puede proteger á los revolucionarios.
—¿Por qué?
—¡Toma! porque no hacen caso de la religion.
—Días horribles nos esperan... vaya, yo me voy á correr las estaciones.
—No falte V. mañana al s r non de Soledad.
—¿Señá Joaquina?
—¿Qué quiere V., tía Rosa?
—Mire V., mire V. los simones en su puesto.
—En cuanto muera el Señor se irán á su casa.

EL ORO DE LA REACCION.

—¡Qué! he oído decir á uno al pasar, que ahora como hay libertad de cultos, pueden andar como Pedro por su casa.

—No puede ser.
—Eso digo yo, pero es que nos vamos á condenar, si señora, que nos vamos á condenar.
—¿Y aquel carro de mudanza, á dónde irá?
—Se pára en el número 12.
—Ya sé por qué... ayer me dijo la portera santiguándose que iba á mudarse D. Júdas.
—¿Mudarse en Jueves Santo!
—Es muy liberal, como que estuvo *transportado* en *Felipinas*.
—Bien hacen en llamarle D. Júdas.
—Pues ya bajan los trastos.
—Verá V. cómo vuelca el carro y se le hacen los muebles añicos.
—¡Ay! ¡tía Rosa, qué vá á ser de nosotros! ¡este es el fin del mundo!

—Qué quiere V., Sr. D. Luis, V. dirá todo lo que quiera, pero esto no puede parar en bien.
—Déjese V. de preocupaciones, señora: la religion, cuanto mas silenciosa y recogida es, mejor.
—Así será, pero vamos, no sé lo que me dá cada vez que oigo el ruido de un coche por la calle.
—¿Cree V. que eso impide á los buenos católicos cumplir con sus deberes?
—No señor, pero la costumbre... Antes reinaba en estos dias un silencio tan grande; no tenia uno mas remedio que meditar en la pasion de Cristo. La tristeza que se experimentaba era dulce, tranquila. Como que parecia que descansaba una, y ni se atrevia á incomodarse para no ofender á Dios. Pero ahora... ¡si no parece Semana Santa! las tiendas abiertas, los talleres en movimiento, los chicos gritando periódicos por las calles; y luego la procesion... vamos, eso no tiene nombre, ¡dejarnos sin procesion!
—¿Cree V. que porque no salga la procesion dejarán los buenos cristianos de admirar la gloriosa muerte del Salvador?
—No lo creo; pero la costumbre... Figúrese V. que todos los años íbamos al sermón de las tres horas y luego á la procesion. Se quedaba uno tan satisfecho... No sería V.; hoy parece que nos falta algo.
—Y luego aquellas escenas del lavatorio en palacio y de la comida á los pobres...
—Todo eso constituye el culto exterior.
—No señor, todo eso es la costumbre. Desde niños nos acostumbramos, y los que ya somos viejos... Sin contar con que para la juventud tenian tambien encantos las ceremonias de la Semana Santa. Yo estoy volada; me parece que no he cumplido todos mis deberes; tengo hasta remordimientos.
—Tranquícese V. señora.
—¡Ay! no, las prácticas religiosas son indispensables al alma. Todas las religiones piden á sus fieles dias de meditacion; todos le exigen el cumplimiento de deberes para ofrecer la dulce satisfaccion que se experimenta al cumplirlos; y este año, la verdad es que cada cual ha hecho lo que mejor le ha parecido; pero ni el ayuntamiento ni el gobierno han hecho nada para parecer católicos.
—Pues lo son.
—No lo dudo; cada uno de esos caballeros lo será en particular; pero los gobiernos son los padres, los tutores de un pueblo, y sino dan el ejemplo... ¿A que V. lleva á misa á sus hijos y hasta á que se confiesen?
—Ya se vé que sí: sin religion no hay sociedad posible.
—Pues eso digo yo.
—Pero ahora estamos en una época excepcional.
—No lo dudo; pero quite V. á unos cuantos de los que no creen en nada, y yo le apuesto á V. cualquier cosa á que si vá V. preguntando á uno por uno, le dirán á V. todos que si marchan así las cosas hemos ganado poco.

—¿Para qué continuar esta galería de cuadros?
De sobra sé que el casero y el prestamista que censuran á los ministros que se han ido de caza y hacen creer que comerán de carne, aun cuando van á los oficios, hacen uno y otro su negocio con perjuicio del prójimo.
De sobra sé que la *señá* Joaquina y la tía Rosa que se escandalizan porque andan coches por las calles, cuando fueron criados de servir sisaron de lo lindo, y ahora echan todas las mañanas su copita, y si pueden ganarse un duro desempeñando el oficio de comadres, lo desempeñarán.
Tampoco ignoro que la señora á quien hemos oído hablar con D. Luis será capaz de consentir que su hija se sacrifique casándose con un vejstorio rico, ó robará con una imprudente revelacion la felicidad á un matrimonio.
Sé, por último, que la religion católica no pierde nada porque la abandonen, al parecer, los que más interés deberían tener en conservarla despues de alejar de ella los abusos con que el egoísmo la ha desfigurado para los que solo ven con los ojos de la cara. Sé que aunque anden los coches y no haya procesion, ni lavatorio en Palacio, y aunque las tiendas y los talleres estén abiertos, no pierde un átomo de su grandeza esa sublime religion que busca en la pobreza, en la modestia, todo su esplendor.
Pero tambien sé que las costumbres, y más las costumbres del alma, no pueden destruirse de pronto, con violencia, sin herir de muerte á los pueblos.
La fuerza no puede impedir la impetuosa marcha del torrente, y las costumbres, las tradiciones, son el torrente impetuoso. Ilustrad al pueblo, enseñadle la dicha que experimenta el alma cumpliendo un deber, mostradle tal cual es la religion cristiana, y no temais despues.
Pero si rompéis la tradicion, si destruis la costumbre, os exponéis á que la ignorancia os odie y á que la ilustracion os tema, no por lo que haceis, sino por lo que no sabeis hacer.

En la época del *perdon*, un macho cabrío cargaba con todos los pecados del pueblo de Israel; el infeliz rumiante era despenado y los israelitas se quedaban tan frescos, y volvian á pecar de nuevo, seguros de que no faltaria otro macho cabrío sobre quien arrojar el año próximo todo el peso de sus culpas.

El pueblo de Israel, aunque no habia tenido el gusto de conocer á Campoamor, habia presentado sin duda aquella redondilla suya que dice:

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia;
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta á empezar.

Pero no es la falta de perseverancia en la enmienda, lo que nos ha traído á la memoria el macho cabrío de que nos habla la historia de Israel, sino lo que desde entonces hasta la fecha sucede con una insistencia que merece fijar la atencion de todos los que no tengan cosa mejor en que ocuparse.

Porque es lo cierto que la costumbre del macho cabrío no ha desaparecido; lo que ha hecho ha sido perfeccionarse, lo cual nada tiene de extraño, porque, como dice Eugenio Pelletan, *el mundo marcha*, y marcharia aunque el eminente escritor francés no lo hubiera dicho.

El hombre busca naturalmente una disculpa para cada una de sus faltas.

Cuando hace una atrocidad, y las atrocidades se hacen con mucha frecuencia en el mundo, no le gusta confesar que aquello lo ha hecho porque no sabia ó no podia hacer otra cosa, y lo primero que se le ocurre es decir que hizo lo que hizo por causas independientes de su voluntad y superiores á ella; y si encuentra medio de decir que ha sido otro el que ha hecho lo que á él le atribuyen, encaja el muerto aunque sea al preste Juan de las Indias, y asunto concluido.

Uno de los que mas culpas suelen llevarse es el oro.
El oro tiene muchos enemigos, porque como todos le persiguen y pocos logran echarle mano, el infinito número de los que no consiguen nunca verlo en su poder, le profesan mortal inquina.

Estos, ya que no pueden tocar el oro *físico*, han inventado una porcion de *oros*, que sin ser los de la baraja, hacen mucho mas daño que los de esta, sin embargo de que yo creo que nadie los ha visto.

El oro inglés.
El oro peruano.
El oro negrero.
Y el oro de la reaccion.
Estas son las cuatro especies de oro que mas han circulado en España, segun dicen muchos que tienen trazas de no haber visto oro de ninguna clase.

El oro de la reaccion, que es el que hoy está en boga tiene una especie de complemento en la *mano oculta*, que es sin duda la encargada de repartirlo.

Como el país se divide en gobernantes y gobernados, en contentos y descontentos, claro es que el macho cabrío de unos y otros no puede ser el mismo.

Así que los gobernados, que suelen ser los descontentos, de todo le echan la culpa al gobierno.

Que las cosechas son malas... ¡es claro! cómo ha de haber trigo en un país en que los ministros son mis enemigos...—suele decir algun político en la Carrera de San Gerónimo.

Que uno que no ve mas allá de sus narices, proyecte un negocio, y como es natural, el negocio sea un disparate, y por consiguiente, pierda su dinero y el de todos los que se lo confien, y no hay cuidado que acuse á su torpeza del descalabro sufrido; lo que hará de seguro es decir que mientras no caiga el gobierno los negocios están perdidos, y no hay quien encuentre un cuarto ni por un ojo de la cara.

El empresario de teatros que tiene una compañía muy buena, pero que no gusta á los señores, no dejará de echar la culpa de sus pérdidas á las circunstancias políticas, y el autor cuya comedia no guste, sin perjuicio de echar la culpa á los cómicos que la representen, dirá tambien que el público está retraído porque se teme que de un momento á otro se echen á la calle éstos ó los otros, y que no habiendo tranquilidad nadie va al teatro.

El gobierno procede siempre por el mismo método, aunque en sentido contrario.

De todo echa la culpa á sus enemigos, que suelen ser sus gobernados.

Hasta hace poco tiempo, los *manejos revolucionarios* eran siempre los paganos.

Bajaba la bolsa porque subia al poder un ministro de Hacienda de la alzada de Orovio (Orovio tiene talla); pues tenia la culpa la propaganda anti-religiosa, y en seguida se hacia una ley de orden público en virtud de la cual nadie estaba seguro de no amanecer camino de Fernando Poó, si anocheaba en su casa.

Se suicidaba un desesperado, porque estaba harto de vivir y no tenia suficiente religion, ni suficiente talento para soportar las desgracias de la vida, las predicaciones revolucionarias tenían la culpa.

El pueblo no se entusiasmaba al ver á los reyes y á los ministros, á pesar de que ministros y reyes hacian todo lo posible para hacerle rabiár de gusto; pues se recogian unos cuantos periódicos, se llevaba á la cárcel algun editor responsable y todo quedaba como una balsa de aceite.

Los pueblos no podian pagar las contribuciones, pues nunca se les ocurría á los gobiernos que era por falta de dinero, sino de patriotismo, y sobre todo de respeto á la autoridad, por lo cual

en vez de fomentar la riqueza pública, se apretaban un poco los tornillos y *tutti contenti*.

El oro de la reaccion ha venido á reemplazar ahora á los *manejos* revolucionarios.

Si en una formacion se le dispara el fusil á un miliciano y sus colegas se refugian prudentemente en los portales vecinos, sin pararse en cristales, es el oro de la reaccion.

Que en alguno que otro pueblo, deciden unos cuantos caballeros apoderarse de lo ageno, con pretexto de no sabemos qué clase de socialismo, el oro de la reaccion.

Que aquí ó allá andan á balazos por cualquier tontería y dan al país dias de luto y amargura, el oro de la reaccion.

Que en una manifestacion mas ó menos pacífica se traspasan los limites de la legalidad y las predicaciones de unos cuantos imprudentes, trastornando los cerebros de algunos centenares de tontos comprometen el reposo público, el oro de la reaccion.

Todo lo hace el oro de la reaccion.
Yo creo, sin embargo, que con el oro de la reaccion aun no ha comprado nadie una cajetilla de cigarros.

Una palabra antes de concluir. Si este artículo ha parecido malo á los lectores, les ruego que no crean que ha sido pagado con el oro de la reaccion.

¿QUÉ T A L TAL?

Yo te aconsejo
querido Blas,
por si te ocurre
venir acá,
que nunca pises
la capital,
que hay aquí cosas,
¡por San Millán!
que hasta á los mudos
hacen hablar.
Y á mí que sabes
no soy mordaz,
me hacen que diga
¿qué t a l tal?

En nuestras calles
encontrarás
grupos de damas
de calía,
que con banderas
y aire marcial
hasta en las Cortes
quieren hablar.
Vivas y mueras
lanzando van,
nuncios siniestros
de tempestad.
¡Bien por las damas!
¿qué t a l tal?

¡Ya no hay consumos!
¿qué bien nos vá!
queremos todo
menos pagar.
Diz que el ministro
¿qué habilidad!
nuestras cabezas
quiere contar.
Los que cortadas
las tengan ya
del nuevo impuesto
se librarán.
¿No es gran recurso?
¿qué t a l tal?

Ya no tenemos
necesidad
ni de ir á misa
ni de rezar.
Se ha averiguado
que están demás
nuestras creencias,
la cristiandad,
la fé y el culto,
y hasta el pensar
que alcanza el justo
la eternidad.
Así vivimos
¿qué t a l tal?

Como la prensa
libre está ya
de recogidas
y de fiscal
todos charlamos
á voluntad,
diciendo cosas
que espanto dan.
¿Qué de impropiedades!
¿Qué ceguedad!
¿Cuántos abusos
viéndose están!
Lea usted y diga,
¿qué t a l tal?

Los capitales
marchando van.

los socialistas
siguen detrás.
Muchos obreros
nos piden pan,
los diputados
duermen en paz,
grandes y chicos
quieren medrar,
caen las iglesias,
triumfa el can-can...
y esta es España,
¿qué t a l tal?

HACER HISTORIA.

Sr. D. Ricardo Moly de Baños.

Querido tocayo y apreciable oso: desde que lei tu artículo titulado «Hacer el id.» en el que para disculpar el número de veces que has representado papel tan importante, dices que «es una cosa innata en el hombre y un derecho ilegible» he pensado contestar á tu ataque chiquirritito con una descarga cerrada de razonamientos, alusiones personales, cuestiones de orden y demás especies parlamentarias.

Pero me ha detenido en mi laudable propósito la circunstancia de haber estado recibiendo una coleccion de cartas (por mal nombre), escritas por otra coleccion de mujeres, interesadas, por lo visto, en el asunto que es objeto de nuestra polémica.

Hoy, que afortunadamente ha terminado esta menuda lluvia de epístolas femeninas, iba á coger la pluma para responder á tus apasionadas recriminaciones; pero hé aquí que al empezar, mi compañero y adversario pretérito, Enrique Bedmar, (y lo llamo pretérito, porque en vista de las explicaciones que le di en mi artículo «Continúa haciéndose el amor» se ha pasado á mi banda con armas y... osos), ha comparecido con otro legajo de correspondencias del mismo sexo.

Por esta razon, hemos creído que el mejor medio de convencerte del error en que te hallas, y de que al pretender combatir mis ideas has combatido un fantasma, que tu soñadora imaginación andaluza se había forjado, es copiar á continuacion esa serie de misivas, aconsejándote de paso que no te incomodes si en alguna de ellas no te se trata con el decoro debido, como decía Gonzalez Brabo.

Te las iré copiando segun vayan saliendo de nuestras carteras respectivas.

La primera que he hallado es de las de mi coleccion—y una deliciosa... (no Revalenta arábica, sino rubia) es quien la ha escrito.

Me preguntarás que por dónde he sabido que sea rubia la autora de la carta... Pues es muy sencillo: por un cabello de aquel color que venia dentro del papel.—Y bien podia ser esta rubia la ocasion... (de tu resellamiento) puesto que la he cogido por un cabello.

Ahora escucha y tiembla.

«Sr. D. R. S. No le digo á V. «Muy señor mio,» porque esto no es verdad. He seguido con mucho interés la polémica suscitada sobre «Hacer el amor.»

Yo soy en extremo espiritual; sin embargo, comprendo que la intención de V. al censurar la manera de hacerlo, es laudable, porque V. como yo, no transige con las ridiculeces. Para saber amar, no es necesario que se le caiga á uno la baba, ni que dejen á nadie plantado en una esquina, lo mismo que si fuese un guarda-canton.

Su tocayo de V. el Sr. Moly, debe ser un amante tan empalagoso como el tan conocido plato denominado *huevos moles*. Yo no me precio de etimologista; pero casi me atreveria á asegurar que el apellido Moly se deriva de aquel plato de gusto, del que solo se puede tomar una cucharada.

Usted por el contrario, sin rebajar el elevado sentimiento del amor, censura sus manifestaciones exteriores cuando son risibles.

Siga V. por ese camino, que V. lo entiende, y no haga caso de esas románticas elucubraciones, que ya pasaron de moda. Soy... etc.

Mercedes.»

Pues ahora vas á ver otra que ha recibido mi compañero. Dice así:

«Sr. D. E. B. Amigo mio: Aunque no nos hemos visto nunca le llamo á usted «amigo mio,» porque ahora que abunda tanto la política, sería raro que yo no fuera política con V.

La confesion que V. hizo en el artículo titulado *Mas sobre hacer el amor*, de que es un gallo mas antiguo que el de la Pasion, le ha conquistado á V. mi confianza. Yo soy una gallina, y es natural que entre aves de la misma especie reine la fraternidad.

Me gustó que á pesar de sus retorcidos espolones, hallase usted en el amor ciertos encantos. En tal concepto, dijo V. bien, cuando dijo, que ese sentimiento en su mas elevada expresion no es sinónimo de hacer el oso.

Por lo demás, puesto que no ha contestado V. á las explicaciones que le dió el pollo Ricardito, es de suponer que está conforme con ellas, y de esto me alegro, porque bien mirado tiene razon el pollito.

Respecto al tercero en discordia, Sr. de Baños, debo decir que ha tomado el rábano por las hojas, porque todo se le vuelve hablar del oso y afirmar que hacer el amor y el oso son sinónimos, y sostener que es un apreciable animalito que anda en cuatro pies (el oso, por supuesto), y otra porción de cosas muy poéticas, pero con las cuales no me puedo conformar.

A mí me gustan los hombres formales, no ridiculos; me gustan las pruebas de amor; pero sin hacer de ellas grotescas manifestaciones. No quiero que me paseen la calle, ni que me apun-

ten las esquinas; ni que me hablen con los dedos á cincuenta varas de distancia. Todo esto es hacer el oso y el hombre no debe transigir con parecerse en nada á este peludo animalito.

Dígaselo V. al Sr. de Baños, si es posible; pues como tan oso se manifiesta, yo no me atrevo á dirigirme á él.

Su servidora,

Adelaida.»

¿Qué te ha parecido la señora Adelaida? Pues ponte bien la corbata, porque ahora vas á ver otra carta de las de mi repertorio.

«Al Sr. D. R. S.

Estoy conforme con V., desde que dió sus explicaciones.

Las de Baños no me parecen sólidas, sino líquidas.

Se empeña en que hacer el oso es conveniente.

Este amante trovador

debe pasarse las noches

cantando á la osa mayor.

Déle V. memorias y B. S. M.,

Clotilde.»

Ahora otra dirigida al gallo. (Este gallo no es el Moron).

«Apreciable E. B.

¿Cómo es que no ha vuelto V. á decir nada en vista de la polémica entablada entre Sepúlveda y el Sr. Moly?

Deberia V. intervenir en ella aunque no fuese mas que para aconsejarle que pusiese las cosas en su punto.

Hoy no puede tolerarse lo que pasaba en la Edad Media. Aquel entusiasmo ha ido disminuyendo.

Ahora no estamos en la edad media, sino cuando mas en la edad calcetin.

Las serenatas que antes se daban, al pié de una reja, á bandlelin batiente, hoy serian risibles por demás.

Y no obstante, las damas y galanes de nuestros tiempos, se entienden tan bien como se entendian los de la pasada edad, y yo opino como Vds. que esas pocas fórmulas que todavia se conservan, y que están compendiadas en la frase de *hacer el oso*, irán desapareciendo á medida que el hombre vaya comprendiendo lo ridiculas que son.

Por lo demás, el amor, como sentimiento, lo aplaudo, y celebro que Vds. lo veneren tambien.

De V. afectisima,

Teresa.»

¿Quieres mas? Pues aun quedan en nuestras carteras otra porcion por el estilo.

Pero en obsequio tuyo las omito.

Habrás comprendido, por consiguiente, que yo no he tratado de ridiculizar el amor como sentimiento, y que en la parte que ha sido objeto de mis censuras, tengo á mi lado al bello sexo, que por unanimidad ha fallado en contra tuya.

Con que no vuelvas á decir que hacer el oso es una cosa innata en el hombre, y arrepientete de tus palabras, si quieres que las niñas te traten con misericordia.

Por la copia:

RICARDO SEPÚLVEDA.

Doj fé:

ENRIQUE BEDMAR.

CASCABELES.

Se ha dispuesto que los que disfrutan sueldo del Tesoro no puedan cobrarlo en el extranjero mas que cuatro meses.

Aplauda esta determinacion; solo que yo, en lugar del ministro, no concederia ni los cuatro meses.

El que quiera cobrar dinero de España, que lo cobre y lo disfrute en España, y esté á las duras, ya que está á las maduras.

Solo el que vive de sus rentas puede gastar el dinero donde se le antoje.

Suprimase lo de los cuatro meses.

Creó el Sr. Pi y Margall que el sistema seguido hasta aquí por los ministros de Hacienda es la ruina del país.

Y tanto. Empréstito sobre empréstito, cada vez mas caros, y al freir será el reir.

Es decir, que se cubrirá el déficit en España el dia del juicio por la tarde.

Dijo el otro dia el ministro de Hacienda que la revolucion de setiembre solo ha costado cien millones de reales.

—¡Hombre! ¡qué barata! por tan poco dinero será cosa de que yo me haga otra, dirá al saberlo el señor de *El Guirigay*.

¿Y cuántos hombres ha costado?

Pues señor, lo que priva ahora es el baile con trajes de sociedad, ó de sociedad segun otros.

Dió la señal la *quadrille escéntrica*, la empresa de la Zarzuela siguió, continuaron los demás teatros, y el domingo se abre de nuevo el de Variedades, y tambien dá su racioncita de traje largo.

Esto parece decentito, pero no es mas que hasta cierto punto.

El señor Ministro de Hacienda ha recibido por conducto de un señor sacerdote la suma de 16.000 rs. devueltos al Tesoro por algun arrepentido, que los cobraria indebidamente.

Si todos los defraudadores se portasen con tanta conciencia como este señor incógnito, ya estábamos del otro lado.

Este sería el mejor medio de salir de apuros. Con que animarse... los que *hayan* algo.

Para hacer la revolucion se dijo que el país rechazaba al ministerio del *Guirigay*.

Y era verdad.

Ahora leo en un periódico republicano que el país rechaza tambien al actual ministerio.

Entonces, ¿qué gobierno quiere el país?

—El nuestro, dicen unos republicanos, la república federal.

—No, la república unitaria, dicen otros.

—Quiere el de Cabrerita, gritan los neos.

—Quiere la restauracion, dicen los generales y paisanos isabelinos.

—Quiere á D. Fernando, el *primo-donno*, dicen los progresistas de *La Iberia*.

—Quiere á Montpensier, dicen los progresistas de *Las Novedades* y la union liberal.

—Y el país se contenta con exhalar esta queja:

—Dios bendito y todo poderoso, que haya pronto paz, y trabajo, y buena administracion, y libertad bien entendida! Verdaderamente, esto sucederá cuando Dios quiera.

Don Augusto Llacayo y Santa María ha escrito un discreto folleto que titula *La revolucion de las ideas en España*, en el cual trata con suma templanza é imparcialidad las cuestiones mas importantes, que hoy se debaten en el terreno de la política.

Recomendamos al público este curioso libro, en el que se encuentran grandes verdades, y no se halla la exajeracion política tan comun ahora.

Se vende á 6 rs. en las principales librerías.

La entrada y salida de los templos ha sido numerosisima. Especialmente por las noches, en que... todos los gatos son pardos.

¡Válgame Dios, cuánta niña inocente ha sufrido estrujones de consideracion...!

Pero pregunto yo; ¿las niñas van á los templos á rezar ó á que las pongan en prensa como al CASCABEL?

Uno de estos dias debe estrenarse en el Teatro Español, una pieza en tres cuadros del Sr. Gaspar titulada *La Can-canomanta*. Toma parte Matilde Diez y el Sr. Catalina.

¿Pero lo va V. á bailar, Sr. D. Juan...?

Se han presentado al ministerio de Marina un modelo de fusil y pistola del sistema americano Remington.

¿Cuándo llegará el dia en que se presenten modelos de otras armas que no hagan ruido, ni daño, y con las cuales sean posibles las guerras...?

¿Cuándo cesaremos de inventar instrumentos destructores? Está visto que no sabemos mas que destruir, y que nada hacemos para edificar.

Propongo una pension y una caja de pildoras astringentes que la humanidad agradecida debe regalar al Sr. Remington.

Pues señor, ¿dónde se han metido los sublevados de Paterna?

Todos los periódicos nos dijeron que eran quinientos hombres mandados por un tal Miramon, que la Guardia Civil los perseguia de cerca y que no tardarian en ser batidos.

Pero por lo visto esos hombres se han hecho invisibles, han desaparecido del mundo, y para encontrarlos habrá que bajar al infierno, adonde iba Orfeo á buscar á su costilla.

¿Si se los habrá tragado la tierra?

El *Diario de Avisos*, refiere el incendio de una casa, y dice que la causa fué un depósito de paja que existia en la misma. Hombre, la causa no sería la paja, sino algun fósforo ó cosa semejante que caeria en ella y produjo el incendio.

El Sr. Pi y Margall, diputado catalan y republicano, dijo el otro dia en el Congreso que el catolicismo habia muerto hace tiempo en el corazon de los pueblos.

La Cámara protestó de estas palabras con un murmullo. Efectivamente; si el Sr. Pi juzga por lo que pasa en el suyo, del corazon de los demás, tiene disculpa. Pero afortunadamente no es así. El catolicismo se arraiga cada dia mas, y precisamente en el pueblo es donde tiene echadas mas hondas raices.

Censura *El Pueblo* con harta razon que en el ministerio de la Gobernacion haya un empleado con 16.000 reales de sueldo, que á la vez es procurador de uno de los juzgados próximos á Madrid.

Es de creer que enterado el regente, pondrá en ello remedio. ¡Bah! ¡bah! de estas pequenezes, ¿quién hace caso ya...?

Tambien la costumbre de visitar los monumentos se ha convertido este año en una diversion como otra cualquiera. Ya se vé, como no habia teatros era preciso divertirse de otro modo.

Hoy empiezan las corridas de toros, porque la revolucion, que gritó «Abajo lo existente,» no se atrevió con los señores toretes. Están contratados el Tato, Lagartijo y Frascuelo.

Publicaremos de vez en cuando revistas humorísticas de las corridas que valgan la pena.

Me ha parecido bien el bando del señor Alcalde popular de Madrid, prohibiendo que se dispararan tiros el Sábado de Gloria.

Porque francamente, si ahora que todo el mundo tiene fusil les hubiera dado á los madrileños por hacer salvas, les digo á ustedes que estábamos divertidos, y no tendria gracia por celebrar la Resurreccion, hubieran ido al otro mundo, sin opcion á resucitar, un par de prógimos.

El miércoles leyó el ministro de la Gobernación un proyecto concediendo una pensión, sobre su viudedad, á la señora esposa de un desgraciado, que fué inhumanamente fusilado en Montoro días antes de la batalla de Alcolea.

Muy lamentable es la desgracia de aquella persona víctima de un jefe del ejército que no gozaba razón completa; digno de respeto y consideración es el infortunio de la viuda, pero nos parece que no hay motivo bastante para gravar al Tesoro, ya por todo extremo gravado, con una pensión mas. Y si fuera esa sola la pensión que se pidiera, nosotros seríamos los primeros en pedir que se concediese; pero establecido ese precedente, ¿con qué justicia van á negar las Cortes las que piden otras viudas, otros huérfanos, que son en considerable número, que sufren la mas espantosa miseria, por haber muerto en la revolución sus maridos ó sus hijos?

Si no fuera un privilegio en favor de determinada persona, nosotros pediríamos la concesión de esa triste recompensa, que bien triste es una pensión que reconoce por motivo una desgracia como la que aflige á la familia de aquella persona, y se declara que no se concedería ninguna mas; pero como esto no puede hacerse en justicia, tenemos que optar porque no se abra la puerta á cien y cien reclamaciones.

Ya se anuncia el 7.º matrimonio civil en Tortosa. Eso sí, á los ministros les hacen mucho caso los ayuntamientos, y los enamorados por lo civil.

Dijo el otro día el Sr. Figuerola, que le gustaria que el general Serrano, fuera, además de presidente del gobierno, ministro de Hacienda.

No estaria peor que ahora, de fijo.

Sea echando la culpa á la restauración, sea creyendo que á algunos no les parece bastante todavía el camino hecho por la revolución, ello es que de todas partes brotan anuncios y tistes pronósticos de próximos acontecimientos. Los periódicos de la situación aconsejan energía al gobierno; los diarios radicales amenazan sino se les dá parte en el poder; del otro lado de la frontera se cruzan avisos mas ó menos exactos sobre trabajos para trastornar el orden: entretanto, ¿cual es la suerte reservada á las numerosas clases que viven de su trabajo y que solo dentro del orden y de una situación estable pueden desenvolver su actividad?

Esto pregunta La Epoca, y yo contesto que las respetables clases á que alude no tienen, gracias á los politiquillos, otra suerte que la de pagar el pato, y sufrir los palos que parece que se dan

unos y otros, y solo los reciben dichas clases sin comerlo ni beberlo.

Se ha salvado ya el conflicto de las quintas, decidiéndose los ayuntamientos á llenar el cupo en dinero.

¡Cuánta sangre, sin embargo, vertida inútilmente en Jerez!

Ahora vamos á ver cómo se salva el conflicto de la capitación, que no es flojo.

Nunca ha habido contribución mas impopular y mas difícil de hacer efectiva.

Yo estoy buscando ya una guardilla donde meterme, porque figurense Vds. lo que me van á sacar de capitación si continúo en una casa que me cuesta veintidos mil reales.

Trabajaré para el casero y para la capitación, y para comer tendré que ir á pedir limosna, ó tocando el organillo y con un mono vestido de zuavo. ¡Bonito porvenir!

No es extraño que envezcán á nuestro siglo sus conquistas científicas industriales, la electricidad y el vapor, el telégrafo y la locomotora. Son admirables la actual celeridad de comunicaciones y la rápida propagación de las ideas por medio de la prensa periódica. En nuestro número del domingo 21 del actual, publicamos un curioso artículo que lleva por epígrafe Los Catalanes, manifestando en una nota, que lo copiamos de un periódico de la Habana. Pues bien, este escrito se publicó hace algunos meses en un diario de Madrid, La Nación. Circuló por Cataluña, y le reimprimieron con elogios varios periódicos de las provincias catalanas. Pasó el Océano y le copiaron en los Estados Unidos, en la América del Sur, y en las Antillas españolas. Reproducido en un diario de la Habana volvió á pasar el Océano, y de este último le tomé EL CASCABEL en Madrid por los curiosos importantes datos que contiene, relativos á la actividad de los catalanes y al movimiento industrial del antiguo principado. El autor de este artículo, don Nicolás Pardo Pimentel, que lo suscribe, es tal vez el decano de la prensa periódica de Madrid. Fué redactor de la Revista Española con Larra; del Boletín de Comercio con Caballero y Gil y Zárate; del Eco del Comercio con los mismos y con Izardi, y redactor fundador del Diario oficial de la Marina, de la Habana con el malogrado Araújo y Lira, y Enriquez.

Esta situación es insostenible. En los pueblos reina una deliciosa anarquía; las familias acomodadas se van al extranjero; el gobierno está en Belen, los carlistas y los isabelinos conspiran, y el país se muere de hambre y de fatiga. ¡Buena la hicisteis!

Para que se vea la razón que tuvieron los alborotadores del lunes, que pedían ¡Abajo las quintas!, baste decir que el ayuntamiento de Madrid ha prometido cubrir el cupo con dinero y lo mismo se hará en toda España.

Pero hay que armar jaleo á toda costa. Ya saben con quién lo hacen.

La libertad no es el desorden, dice La Iberia, y es verdad; pero ya vé el colega cómo se entiende la libertad por muchas gentes.

Importa, pues, que se constituya el país inmediatamente, que se le den las leyes por que ha de gobernarse, y que se tenga luego energía para sostenerlas.

La anarquía está llamando á la puerta; es preciso no dejarla entrar, ó se pierde la revolución y hay un espantoso cataclismo.

GEROGLIFICO.



MADRID: 1868.—Imprenta á cargo de Diego Valero, Calle de las Hileras, número 4, bajo.

Advertisement for 'PASTILLAS Y TOMAS DIGESTIVAS DE BURIN DU BUISSON'. It mentions 'FARMACÉUTICO LAUREADO POR LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS' and 'CON LACTATO DE SOSA Y MAGNESIA'. The text describes the benefits for digestive ailments.

Advertisement for 'VERDADERAS INYECCION Y CAPSULAS RICORD'. It features the name 'CH. FAVROT' and describes the product as a remedy for various ailments, available in capsules and injections.

Advertisement for 'POMADA ANTI-OFTÁLMICA de la ciudad de Farnier'. It describes a medicinal ointment for eye ailments, highlighting its effectiveness and safety.

Advertisement for 'AGENCIA DE HIGADO DE BACALAO'. It features a circular logo with a fish and text describing the product as a natural cod liver oil preparation, beneficial for health.

Advertisement for 'POLVOS Y PASTILLAS AMERICANAS DEL DOCTOR PATERSON'. It claims 'Hace quince años que los médicos franceses y extranjeros están unánimes en la superioridad de estos productos' and lists ailments like gastritis and indigestion.

Advertisement for 'AVISO. GRAN SURTIDO DE CALZADO'. It offers shoes for sale at 'Calle de la Gorguera, núm. 8', mentioning a variety of styles and prices.

Advertisement for 'GRAN EXPOSICION DE DEVOCIONARIOS'. It promotes a collection of prayer books available at 'Calle de Carretas núm. 31' for prices ranging from 3 to 1000 rs.

Advertisement for 'TINTURA DE ÁRNICA'. It describes a medicinal tincture made from Arnica flowers, used for treating various ailments and injuries.

Advertisement for 'NOVÍSIMA LEY DE ENJUICIAMIENTO CIVIL Y MERCANTIL'. It discusses the new civil and mercantile procedure laws, highlighting their modernization and practicality.

Advertisement for 'DE LOS MEDIOS PUESTOS EN USO para producir el sueño'. It promotes a method for inducing sleep using 'Aceite de Bellotas' (oak leaf extract).

Advertisement for 'GRAN EXPOSICION DE DEVOCIONARIOS Y SEMANAS SANTAS'. It promotes a collection of religious books and prayer materials, available at 'Librería de San Martín'.

Advertisement for 'GRAN EXPOSICION DE DEVOCIONARIOS Y SEMANAS SANTAS'. It repeats the promotion for religious books, emphasizing the variety and quality of the offerings.